

Zubiaur, Ibon: *Estímulo y censura. Aproximación al sistema literario de la RDA*. Madrid: Punto de Vista Editores 2022. 253 pp.

Isabel García Adánez
Universidad Complutense Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/arab.98086>

En mayo de este año se habrían cumplido 75 años de la fundación de la RDA. En noviembre estaremos celebrando los 35 de la caída del muro de Berlín y del fin del régimen totalitario en que desembocó la utopía del nuevo estado. Claro, el deseo de olvidar la cara más oscura de la política y un capítulo feo de la historia alemana conlleva una fatídica simplificación hacia lo negativo de cuanto tuvo que ver con aquel estado y, lo que nos ocupa en este caso, también implicó etiquetar toda una literatura como algo que no era valioso, porque estaba sometido a un régimen “malo”. Más allá de la idea de que estar sometido a un control parece sinónimo de mala calidad en sí, como si la literatura actual —y en realidad la de todos los tiempos— no estuviera sometida a otro tipo de controles e imposiciones: el dictado de lo que vende, lo que es políticamente o correcto o está de moda... o que conseguirá muchos “me gusta” en las redes, indicador actual tan determinante como absurdo.

En esa nueva república que nace bajo el signo de la utopía y con el deseo de diferenciarse tanto de Alemania occidental como de la Unión Soviética (aunque luego no pudiera ser así), la literatura se ve como uno de los pilares fundamentales para el “resurgimiento de entre las ruinas” (como reza el texto del también olvidado himno de la RDA que compuso J. R. Becher para la música de Hanns Eisler). Ha de ser una literatura nueva y que rompa todos los vínculos con el nazismo, entre otras cosas, porque cultiva un lenguaje bien alejado de la pompa engañosa de la “lengua del Tercer Reich”. El estado moldeará el pensamiento del ciudadano nuevo, obviamente, y no solo a través del fomento de la cultura y la lectura de los clásicos correctos (no hay que olvidar que la RDA fue el estado socialista con mayor nivel de vida y mayor apoyo a las actividades culturales), sino apoyando la creación contemporánea y a los artistas con fondos públicos para que pudieran vivir de su trabajo.

“El sistema literario de la RDA se concibió como parte relevante de un intento de transformación social bajo una economía planificada [...], la actividad literaria, [como] una parte de la causa proletaria general” (p. 30), expone Ibon Zubiaur en este estudio que, lejos de poner en duda la existencia de la represión política y también de la represión de artistas, acaba con los prejuicios sobre la calidad y variedad de su producción literaria analizando cómo fueron compatibles lo primero y lo segundo.

No cabe duda de que el vínculo del arte y el estado es como una moneda de dos caras, pero la realidad fue mucho más compleja que la imagen del funcionario que tachaba texto o ponía un sello de “verboten” como en las pelícu-las, y ni mucho menos se limitó al burdo sistema del “Porzellanhund”, el elemento muy obvio que un autor introducía en un texto para que los revisores se fijasen en él y así pasaran desapercibidos otros aspectos más problemáticos.

“La característica principal del sistema de censura literario, [...] no fue la represión ni la eliminación de contenidos: antes hubo un esfuerzo destacado [...] por fomentar el tratamiento de temas de actualidad sin desdeñar los conflictos, y el esfuerzo de control de ese tratamiento resulta indisoluble del esfuerzo de estímulo. El resultado fue una literatura muy viva y, sobre todo, receptiva a las tensiones sociales de su entorno: esa cualidad seismográfica explica el gran prestigio de que gozaron los autores señeros de la RDA [...]”, expone Zubiaur (p. 20). Frente a ese sofisticado sistema de control y precisamente por el “respeto reverencial hasta lo exagerado” que se le ha concedido al arte, la cultura y la literatura en el territorio de lengua alemana desde los tiempos del Genio, la escritura se desarrolla como espacio de expresión, de consuelo, de escape, pero también de debate sobre todo aquello que en la vida cotidiana, a nivel político o en medios como la prensa, no se podía plantear abiertamente. Junto a otros “estímulos” de índole más práctica y prosaica, como pudiera ser una subvención para escribir, esta posibilidad de encuentro en el libro, en una ficción lo bastante alejada de la vida como para expresar la crítica sin ponerse en peligro, pero lo bastante cercana para identificarse con ella es un motor para una escritura honesta y explica también el amor sincero por la lectura.

Aunque el estado de la RDA nunca admitió la existencia de un sistema de censura como tal, no cabe duda de que se ejerció, al igual que se sabe que muchos autores tuvieron que publicar en la Alemania occidental y quisieron emigrar allí (o se les obligó, como a Wolf Biermann). Eso sí, hubo muchas formas, casi cada autor vivió su propia circunstancia, y tampoco fueron igual los años sesenta que los setenta o los ochenta, porque todo el contexto socio-político también iba cambiando.

Como demostración incontestable de esta idea de pluralidad de destinos y respuestas, después de una extensa primera parte, fundamentada con bibliografía extensa y un trabajo de documentación muy loable, nada fácil, y de lectura entre líneas que da fe de un pensamiento crítico muy profundo, la segunda parte de *Estímulo y censura*, denominada “Las suertes de los libros”, ofrece ejemplos detallados de cómo se desarrolló concretamente esa “opinión pública sustitutoria” (p. 20) que tuvo que ingeniárselas para sortear el control del estado a través de un lenguaje muy pensado, reinventándose una y otra vez, y siempre con la honestidad que imponía la idea general de la obra literaria como foro de debate a la vez que punto de encuentro.

Para ello, Zubiaur escoge a doce autores fundamentales que no son Christa Wolf (la única cuya obra está íntegramente traducida al español, aunque por desgracia no se lea tanto como merece ni siquiera en alemán) para contextualizar la poética de cada uno en el momento correspondiente y analizar en detalle una de sus obras. De nuevo, el análisis no es una abstracción, sino que se basa en amplios fragmentos traducidos al español, la mayoría de ellos en primicia absoluta. En cierto modo, Zubiaur ya anticipaba este libro en su antología de 2014: *Al otro lado del Muro. La RDA en sus escritores* (Madrid, Errata Naturae), así como en sus traducciones.

Algunos de estos doce autores formarían parte de la lista de “clásicos de la RDA”, teniendo en cuenta que esta ya es una categoría para germanistas de cuando existía la carrera de Filología Alemana, y que ya no hay espacio para ellos en los nuevos planes de estudios. Encontramos nombres como Fritz Rudolf Fries (*El camino a Oobliadooh*, 1966) o Stefan Heym (*La Crónica del Rey David*, 1973) o Erich Loest (*Sigue su curso*, 1978); dos referentes tempranos de la literatura de mujeres como Brigitte Reimann (*Franziska Linkerhand*, la gran novela urbana sobre la RDA, publicada de forma inconclusa en 1974) e Irmtraud Morgner (con su nuevo concepto de montaje de entrevistas a mujeres de distintas edades y círculos en *Trovadora Beatriz*, del mismo año); y finalmente autores que siguieron publicando en la Alemania unificada y aún viven, como Volker Braun (*Novela de Hinze y Kunze*, 1985) y Christoph Hein (*El final de Horn*, 1987). Al mismo tiempo, otros son auténticos descubrimientos incluso para especialistas, como Siegfried Pitschmann (*Educación de un héroe*, 1959), Alfred Wellm (*Pausa para Wanzka*, 1968), Gerhard Dahne, el propio jefe del sistema de (no)censura (*Hans Greifer*, 1975), Werner Heiduczek (*Muerte junto al mar*, 1977) o Jürgen Höpfner (*Fatalidad ante el Eliseo*, 1985).

Organizados por orden cronológico desde lo que puede considerarse la “etapa de consolidación” de la RDA (justo cuando que comienzan los conflictos del individuo con el régimen, pasada una década después de su fundación) y casi la caída del Muro, el transcurso de los capítulos

nos permite ir descubriendo cómo evoluciona esa literatura que tan bien refleja la sociedad germanooriental de cada momento. Momentos que, por así decir, también se corresponden paso a paso con el desmoronamiento de la utopía de la nueva Alemania socialista como el mejor de los estados posibles.

La publicación de este libro recuerda, en cierto modo, a una exposición de pintura de la RDA que se hizo en 2014 con el lema “Point of no Return”, con motivo del 25 aniversario de la caída del Muro, pero también de la desaparición de todo un mundo. La muestra supuso un verdadero punto de inflexión, porque “dejó salir del armario” (o más bien de los polvorientos depósitos de los museos) un número importante de obras y de artistas que, si antes habían tenido problemas, a partir de 1990 no le interesaron a nadie porque fueron tachados de “arte controlado por el estado, poco innovador, proletario y poco creativo, etc.”, a pesar de que, en gran medida, había corrido la misma suerte que la literatura. También era un reflejo de su tiempo y, al verse forzado a salvar muchos obstáculos, había aprendido a hilar muy fino, exigiendo una recepción de mirada muy fina que no recibió. Como consecuencia de esta visibilización tardía, ya no hubo vuelta atrás en la valoración justa de esa arte de gran calidad, originalidad innegable y valor estético no desligado de una postura ética explícita, hasta el punto de considerarla heredera legítima de la *Neue Sachlichkeit*.

Tal vez el único punto negativo de este libro sea que “estimula” a comprarse muchos más libros e incluso a ponerse a leer con desenfreno, como también despierta cierto sentimiento de rabia por el olvido en que han caído auto-res tan valiosos, ese “foco casi bullicioso de aportación cultural y cívica” (p. 252) que existió en un país tristemente olvidado y sin cabida en lo que se estudia y lo (poco) que se lee en nuestros días, cuando “tendría bastante que decirnos en este tiempo de adocenamiento y desnorte” (íbid.). La posibilidad de ver y entender tan bien cómo fueron aquella historia y aquella vida que ya casi solo se conserva en sus libros gracias a esta investigación tan rigurosa y a la vez tan amablemente expuesta, y, sobre todo, de leerlo todo en español, ampliando el radio de receptores más allá de los límites de la “germanística de ayer” es, cuando menos, un hito que ojalá invite a seguir avanzando.